

ESPANTASUEGRAS

Bárbara Belloc

pato-en-la-cara
2005

© pato-en-la-cara
© Bárbara Belloc

26/10/1968

Recebi anteontem sua carta que muito me impressionou! (...) Eu tenho tido vivências dramáticas: vejo uma escuridão total e o homem no começo das coisas, como um primitivo, captando o seu próprio corpo, redescobrimdo o ato, o mundo como um outro planeta estranho selvagem. Vejo também que um morto é tão anônimo que na verdade num cemitério é o vizinho, e o que lhe dá individualidade é a laje com o seu nome inscrito. (...) Nesse momento fico triste e choro a impossibilidade do anonimato no qual poderíamos recomeçar todos os dias a vida. (...) Porque para mim, tanto as pedras que encontro ou os sacos plásticos são uma só cousa: servem só para expressar uma proposição. Se eu construo ainda algo é pela mesma razão. Não vejo por que negar o objeto somente porque o construímos.

Lygia Clark a Hélio Oiticica: *Cartas 1964 – 74*.

Esta tarde leo a Adorno como si leyera las cartas póstumas de mi padre, si mi padre hubiera sido visionario, célebre y furioso. Lo leo como un secreto familiar se lee en voz alta o se rompe un pacto de palabra. Miro a los costados: la cantidad de papel impreso que tiro a la basura me revuelve el estómago. Pienso: debería ser inversamente proporcional a lo que escribo, 'o no ser nada'. Leo a Adorno. Y mientras tanto repito: Adorno, Adorno, Adorno... como un ronroneo. Lo leo espantada, tan espantada que a cada rato dejo el libro y ando por la casa vagando, espantando a las arañas con un plumero. Y vuelvo. A encontrar un mensaje que creo dirigido a mí y, más allá del asombro, bien interpretar por: una cuestión de consanguinidad. (¿?) Léase: leo a Adorno como si recordara los acordes de la Tercera Sinfonía de Brahms, que mi padre me asegura que le pedía una y otra vez en la infancia, con Bartok, Górecki y Saint- Saëns, y no las brumas de sinusoidales y los engranajes rotos que día y noche sí mecían la casa como un barco ebrio en el mar de *la musique concrète*. Adorno, ¡vaya decorado! ¿Me vas a decir que acaso no sabías que la música hace estragos? ¿Que la música que se escucha en el vientre de la madre no hace mella en el feto que no es sino todo oídos, huevo-sin-cáscara? Esta tarde leo a Adorno como un biólogo lee un programa de forestación artificial en el ojo de un claro de una selva en peligro, en el tercer mundo, en este mundo, cuando la flecha del tiempo clava el cartel en la corteza del árbol: SE ACABÓ. O como un huérfano cae a pique sobre las fotos de sus muertos en busca de aquello que lo desate de su pena. O como un minero japonés que apila una piedra, y otra, y otra más. Algunos hablan de la guerra, otros de quién será el soberano. La sombra vengadora está en la sombra y se despereza. Ahí viene. Adorno, Adorno, Adorno, Adorno: tu nombre es fósforo Fragata prendido al borde de un terrenito de provincia en sucesión perpetua. Dice el testamento: "El único pensamiento no ideológico es el que intenta llevar la cosa misma al lenguaje que está bloqueado por el lenguaje dominante". De noche duermo y sueño con un campo que es una partitura de vacas que mugen cosas que entiendo. Después del saqueo: el pozo está vacío.

Fr. 1

Es un dilema: la compañía es dulce, pero la soledad está buena.

Fr. 2

Cipris bella de los mil collares vuelta de flores y bulbos como nudillos de la mano que corren por la piel blanca, rosada de ella, rosada de luna blanca sobre la tierra negra, reina cauta y parca que no falla y si quiere viene y trae alas: un estruendo me parte el alma.

Fr. 3

O a la inversa: qué buena es tu compañía de loba en el lupanar o luna, en el poema.

Así tanto me complacía sola, en la sombra, sentir el placer igual a un dilema.